

La Revolución Tranquila o el optimismo de la razón.

Es curioso y paradójico que, en las últimas décadas, haya cuajado en la izquierda una identificación entre la razón y el pesimismo. Probablemente, tiene mucho que ver con una lectura sesgada de Gramsci y de una frase suya, dicha en un contexto particular y personal complejo, que confronta “el optimismo de la voluntad con el pesimismo de la razón”. De hecho, un año antes, había publicado su artículo "contra el pesimismo" en el número 2 de L'Ordine Nuovo (15 de marzo de 1923) que es realmente un artículo contra el pesimismo de la voluntad, contra el escepticismo existente en las propias filas sobre el futuro político.

En realidad, todo el “materialismo histórico” es un ejemplo de optimismo, que se nutre desde el convencimiento de que el desarrollo de las fuerzas productivas termina reclamando cambios en las relaciones sociales que hacen avanzar a la humanidad. La traslación de roles entre religiones y ciencia, la socialización del conocimiento, la universalización de los intercambios, la libertad de la mujer, el papel difusor de los medios de comunicación, la desalienación del trabajo... todo ello se nutre de una mirada optimista que no solo confía en el **progreso económico** sino que lo hace desde el convencimiento de que la razón histórica y la voluntad política caminan juntos.

Conviene, por tanto, preguntarse por las razones de que aquella frase y la tesis de que solo la voluntad puede alimentar el optimismo ante el futuro mientras que la razón nos sume en pesadumbre, ha encontrado tanto eco. Lo afronto más adelante.

Recuperando el optimismo de la razón

Lo que nos ofrece “La Revolución tranquila”, el ensayo escrito por el economista Bruno Estrada, es, precisamente, un nuevo reencuentro entre el optimismo histórico y la razón, una lectura en la que se recuperan las sensaciones positivas del progreso económico asociadas a las que denomina “**sociedades de la abundancia**” que eran aquellas en las que, según **Marx**, se cumplirían las condiciones objetivas para dar el salto a la más amplia democracia identificada con el socialismo.

El autor repasa toda la batería de fundamentos biológicos, éticos, filosóficos, económicos y sociales que justifican el optimismo ante el futuro. Para ello, no duda en ofrecernos una relectura documentada, en un todo coherente, de las bases sociales del evolucionismo darwiniano; o de cómo la felicidad humana requiere haber superado el reino de la necesidad y adentrarse en el **reino de la libertad**, momento en el que solo el consumo de bienes superiores nos reporta satisfacción; o de cómo la moral pública basada en la cooperación es la consecuencia lógica de la conciencia colectiva de las sociedades desarrolladas, hasta componer un escalón superior, por así decir, del cemento social que representaron las religiones para las sociedades primitivas; o de cómo la propia evolución de la ciencia está permitiendo construir un hombre superior en el que el desarrollo del lenguaje o la existencia de las neuronas-espejo nos permiten avanzar en habilidades emocionales que incrementan nuestra sociabilidad como especie y desarrollan las bases fisiológicas de la empatía.

Por un lado, nos dice, la especie humana viene probando, a lo largo de su historia, los sistemas económicos y sociales que satisfacen mejor sus necesidades y sus deseos. La evolución darwiniana no es la adaptación de los individuos aislados a un determinado entorno en un proceso en el que sobreviven los más aptos, es un proceso colectivo, más o menos difícil, en el que los grupos deciden a base de prueba y error el mejor camino para el conjunto, de modo que cuantas más dificultades físicas encuentran más refuerzan la idea del sacrificio colectivo. Bruno Estrada nos repite una y otra vez cómo en las **sociedades complejas** los avances de sociabilidad nos hacen avanzar desde la cooperación más primaria, a la empatía con los otros y a la idea de justicia como valor universal.

La conciencia universal como evolución de la familia, la tribu, el pueblo, la ciudad, la nación y finalmente, la humanidad, es la consecuencia del estadio superior de la evolución humana como especie. La Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada por la ONU en 1948 sería el anticipo de una civilización global y de una conciencia de **ciudadano del mundo** que la globalización económica construye, a veces, a su pesar.

Las razones del pesimismo histórico

Bruno Estrada hace una ambiciosa apuesta por dar coherencia a un nuevo discurso del progreso. Y, para ello, debe recurrir a la panorámica histórica del larguísimo plazo, de las tendencias seculares de la humanidad, un espacio en el que puede justificar la solidez de sus planteamientos.

Pero los mismos argumentos sirven menos, tienen más dificultades, cuando se acortan los plazos y nos acercamos al tiempo histórico en el que la política reciente forma parte de nuestra memoria. Ahí encuentra, en mi opinión, muchas más dificultades para ofrecernos soluciones y análisis que nos expliquen el presente. Aun así nos ofrece un relato coherente e ilusionante.

Los primeros pasos de los países comunistas que asocia a la frase “socialismo son patatas”, el impulso a los servicios públicos de la socialdemocracia de posguerra, la experiencia de **Suecia** de los 80 y los Fondos de Asalariados como referencia del “socialismo de mercado”, el fracaso de la **tercera vía** de Blair entre 1997 a 2007... son los pasos contradictorios, unos hacia delante, hacia atrás otros, que marcan el camino de lo que define como revolución tranquila.

Pero no son suficientes para explicar el pesimismo que, paso a paso, se instala en las sociedades modernas, ni de como anidan en EEUU y en las “sociedades de la abundancia” europeas, precisamente aquellas en las que los valores altruistas, solidarios e integradores deberían de ser, según el autor, más fuertes, y se instalan posiciones excluyentes y xenófobas. Y de cómo el miedo al desclasamiento en las clases medias acomodadas de esos países, alimenta, como ocurriera en Alemania en los años 30, nuevos monstruos ideológicos que sustituyen al estallido de los mitos neoliberales asociados al ascenso social.

Uno no sabe si lo que vivimos hoy es que el **capitalismo** retorna a su ser, de modo que las sociedades de la abundancia que conocimos y, en parte, mantenemos, fueron solo un paréntesis histórico; o si la desigualdad y negrura presente son el paréntesis, y la lógica histórica nos encaminará pronto a enlazar con una tendencia general de progreso inclusivo que deseamos.

Bruno Estrada se sitúa en el segundo grupo que atribuye el riesgo de que “bajemos varios escalones civilizatorios”, no tanto a razones profundas estructurales asociadas a cambios en el capitalismo, sino a una coyuntura en la que la presión de los poderosos coincide con un relajamiento de la correlación de fuerzas de la mayoría social. Simplemente, la relación entre voluntad e inteligencia, entre las ganas y los objetivos, necesita encontrar un nuevo equilibrio por el bien de la transformación social.

El espacio económico para la política

El camino de progreso que “La Revolución Tranquila” y su autor, Bruno Estrada, propicia, está asociado a la ampliación de la democracia al espacio económico y a una forma de hegemonía cultural que asocia a la plena realización del desarrollo humano.

Para que la izquierda pueda disputar la **hegemonía cultural** a la derecha en los países desarrollados ya no le vale, nos dice, solo con garantizar unos bienes materiales básicos (individuales y colectivos), también debe impulsar un desarrollo económico que sitúe en la agenda política nuevos aspectos relativos a la autorrealización personal, a la motivación y la creatividad, que asociamos al “buen vivir” y al desarrollo de valores postmateriales y emocionales.

Ello requiere un crecimiento económico inclusivo que incremente la libertad de los ciudadanos en todos los campos de su vida personal y social. Y para ello, es imprescindible garantizar la complementariedad de los conceptos de cooperación y competencia, y el reequilibrio de poder entre **Estado y mercado**.

En esa línea, citando a Joan Robinson nos recuerda que “el mercado es un buen súbdito, pero un mal rey”. Y de la mano de Ha-Joon Chang, relevante economista crítico coreano contemporáneo, nos desmonta el carácter ilusorio del libre mercado como parte de los mitos neoliberales: “el libre mercado no existe. Todos los mercados tienen reglas y fronteras para restringir la libertad de elección”.

Sin embargo, prefiere no limitar el avance social a la **dialéctica público/privado** como ha hecho tradicionalmente la izquierda. Es más el autor alerta del vicio de confundir democratización de la economía con estatalización. El espacio público no es el terreno principal en el que se juega el futuro la democratización económica, que sitúa en el **capital colectivo** y en la construcción de una idea de empresa asociada al “bien común”: los trabajadores deben aspirar, desde ya, a ser propietarios de las empresas, como ya parece apuntar el líder laborista **Jeremy Corbyn** en línea con la mejor lógica socialdemócrata, propugnada en Suecia en los 80.

Apuntar a la democratización del sistema productivo como reto supone reconocer el papel de las **cadenas globales de creación de valor**. Hoy, las grandes empresas multinacionales incrementan su productividad creando, por un lado, valor intangible, emocional, en sus productos, y, por otro, apropiándose de su capacidad de imponer precios bajos a las actividades externalizadas, una pléyade de empresas proveedoras, entre las que abundan pequeñas y microempresas. Ese valor intangible que pretenden vender como “obra singular” (Appel, BMW, Samsung, Zara...) genera la mayor parte del excedente que se retiene en los países centrales, asociado al “efecto sede”, mientras que la mayor contribución del trabajo se localiza en las naciones periféricas del sistema, en donde los procesos estandarizados son más intensos.

En ese contexto, su idea de democracia económica exige extender la demanda de **igualdad de oportunidades** a la provisión de recursos públicos para garantizar la democratización de la **inversión y del crédito**. La creciente acumulación de capital en muy pocas manos genera un ineficiente **latifundismo de capital** que obstaculiza el acceso a la inversión y el crédito, una asignatura pendiente que las sociedades desarrolladas deben resolver si quieren conseguir una verdadera libertad de oportunidades a todos sus ciudadanos.

En esa Revolución Tranquila, el sujeto transformador se nos muestra plural como corresponde a la diversidad del trabajo, (profesionales asentados o depauperados, jóvenes precarios, asalariados, trabajadores independientes o autónomos...). La hegemonía se presenta asociada a una pluralidad de sujetos que aportan, desde lo ideológico (ecología, feminismo..), expresiones de un nuevo modo de vida.

Ese camino no debe asimilarse a un camino cómodo, como si fueran peldaños de una escalera mecánica hacia una sociedad prometida, más bien nos encontramos en un juego en el cual la escalera es ascendente pero subir cada peldaño, dependerá de la acumulación de fuerzas que consigamos.

Ignacio Muro Beneyas